

El esquivo Godard cumple 80 años convertido en estrella

El cineasta, proclive al anonimato, vive desde hace 30 años en Suiza

ÓSCAR CABALLERO
París. Servicio especial

Ya ni en Rolle, un tranquilo pueblo suizo del cantón de Vaud, se puede esconder: Jean-Luc Godard, enemigo de fastos y fiestas, vio su octogésimo cumpleaños convertido en celebración universal, su cine programado simultáneamente en Europa y América y los homenajes –en Cannes, en Hollywood este año– contagiados a la ciudad en la que se instaló hace 30 años, con su compañera y también directora, Anne-Marie Mienville.

Medio siglo después de que su primer filme, en blanco y negro, con un por entonces desconocido Belmondo revolucionara la manera de hacer cine y fundara la *nouvelle vague*, Godard sigue siendo la extrema izquierda del amplio espectro de aquel movimiento, burgués y de derechas, maoísta y de izquierdas. “No quería sorprender con una historia sino, a partir de una historia convencional, contarla como jamás el cine lo había hecho; modificar el cine hasta los orígenes”, fue su modesta explicación.

Medio siglo más tarde, mal afeitado y peor vestido –“es un hombre sencillo y mi mujer me ha señalado que lleva el mismo abrigo desde hace 20 años”, comenta Daniel Belotti, alcalde de Rolle–, Godard es la estrella de una entrevista filmada por la televisión, anunciada como un acontecimiento en todo Suiza, el martes próximo. Según Belotti, Godard es hombre de costumbres: “Pasea su perro, va al Café de la Grand-Rue, compra su periódico y sus puros. Los vecinos no lo molestan”.

El solitario, que renunció a trasladarse a Cannes para presentar *Film socialiste*, su último largo –adujo “un problema de tipo griego”, para pasmo general– y tampoco fue a Hollywood a recibir su Oscar, ¿irá el 6 a Zurich, donde la Oficina Federal de Cultura le otorga su Grand Prix Design? En cualquier caso, dejó claro que los 40.000 francos suizos los dedicará a pagar impuestos. “Suiza me ha trai-

cionado”, se quejó este parisino que a los 21 años obtuvo pasaporte de la Confederación gracias a sus padres suizos, pero que jamás había pagado impuestos. “El alma suiza no radica en mis tripas sino en mi cartera –explicó hace un mes al periódico *Sonntagszeitung*–, lo que no debe sorprender a ningún suizo”. Y al *Tages-Anzeiger*, diario de Zurich: “Me siento francés”.

Sus medio compatriotas lo interpretan como parte de la dialéctica del discurso godardiano. “Suiza está muy or-

gullosa de apropiárselo, porque nadie la ha filmado mejor”, razona Frédéric Maire, director de la cinemateca helvética. “Pero –matiza– Godard no pertenece a ningún territorio: su patria es el cine”. Y no tiene edad: “cuando uno ve su *Film socialiste*, tan moderno, comprende que detrás de una cámara JLG tiene siempre 20 años”.

En una biografía del 2008 (*Everything is cinema, the working life of Jean-Luc Godard*, Faber and Faber), el norteamericano Richard Brody revela que el joven Godard fue pillado con las manos en la masa, tras numerosos robos en casa de sus abuelos maternos, ricos protestantes de la saga Monod, afectos al régimen colaboracionista de Vichy. Más tarde, en abril de 1954, su madre murió en accidente y sus abuelos le impidieron velarla. El biógrafo estadounidense lo muestra también como un enfermo de celos: “Cuando Anna Karina, cansada de sus ausencias, le deja por Jacques Perrin y luego por Maurice Ronet, provoca escándalos, destrozos, intentos de suicidio, avatares presenciados por quien entonces era su asistente, Marin Karmitz, hoy un gigante de la producción y la difusión de filmes”.

Jean-Michel Frodon, director del Festival de Cine de Cannes y autor de una historia del cine francés *De la nouvelle vague hasta hoy*, asegura que “es imposible hablar veinte minutos con David Lynch sin que mencione a Godard. Y lo mismo sucede con David Cronenberg, Gus van Sant, Jim Jarmusch. A todos ellos, Godard les ayuda a reflexionar sobre su propia obra”. Un ejemplo: “desde que Jean-Luc Godard filmó a su manera las nalgas

de Bardot, en *El desprecio*, la cámara modificó la forma de filmar los cuerpos humanos”. Y remata: “Hemos perdido la noción de lo que representaba Godard en los 1960, cuando junto con Picasso ocupaba el imaginario de todos quienes se interesaban por la cultura en Europa, Estados Unidos o Japón”.



MIGUEL MEDINA / AFP

El realizador, fotografiado este verano en París

Hollywood y Cannes reconocen ahora el magisterio y el carácter rupturista de su cine

El enigma

ANÁLISIS

Salvador Llopart



La carrera de Godard es una pura huida del tópico. La obra de alguien que prefiere la ironía por encima de todo. Un tenaz antiromántico. Un bromista al que le repugna el exceso de sentimentalismo desde aquel *A bout de souffle* vehemente y descarado, obra fundacional de la *nouvelle vague*. Sus películas, incluidas las primeras, las más famosas, las que rodó con Anna Karina, desde *Le petit soldat* (1960) a *Pierrot le fou* (1965) o *Weekend* (1968), van perdiendo estructura y rompiendo cada vez más los convencionalis-

mos dramáticos. Cine político, luego, en los setenta, con ganas de incidir en la sociedad. Y desde los ochenta, algo así como un cine melancólico, hasta llegar a sus famosas *Historia(s) del cine*, en los noventa, un monumento a la alusión y al pastiche; un canto a la apropiación y a la cita como forma de trabajo que se extiende hasta el inminente *Film socialiste*. Elementos que se han convertido en marca de fábrica del último Godard, el gusto por el contrapunto o su pasión, entre la veneración y la vejación, por las mujeres. Muy pocos ven/vemos las películas de Godard, es cierto. Pero Godard sigue ahí, llenando las primeras páginas de los periódicos. Un director enigma que se mueve con

fluidez entre las palabras y las imágenes.

El Godard que me intriga es aquel Godard joven de los cincuenta, un chico de casa bien que sobrevive de pequeños robos a su propia familia. El que se compra una cámara y rueda sus primeros cortos. Ese Godard está pidiendo a gritos su autobiografía. Pero el que me seduce y subyuga, al que adoro de todo corazón, es el Godard crítico. El cancerbero de André Bazin; el que llega más lejos, en su vehemencia, que el propio maestro o que el séquito de “jóvenes turcos” que le acompaña, como Truffaut, Rivette, Chabrol o el profesor Rohmer. El que escribe: “Si el cine desapareciera, Nicolas Ray sería capaz de reinventarlo”, o aquel que dice: “El neorealismo empezó con Jacques Tati”. Un crítico atrabiliario, pero apasionado y brillante como pocos.

Llätzer Moix



‘Superbling’

Me acabo de enterar de que existe una variedad de la cultura denominada *superbling*. El término *bling* lo popularizó el rapero Lil Wayne con su tema *Millionaire dream*. Esta canción se refería a los cadrones y pulseras de oro y brillantes que dicho artista lucía en cuello y muñecas. Y *bling* aludía al ruido que producían las joyas al chocar entre sí, o a los brillos que despedían. Más tarde se habló de la sociedad *bling-bling*, sinónimo de los círculos adinerados y tirando a pijos en los que le gustaba moverse al presidente francés, Nicolas Sarkozy. Y ahora tengo noticia de la cultura *superbling*, cuya máxima expresión sería la calavera revestida de diamantes que diseñó y puso a la venta, por 50 millones de libras, el avisado artista Damien Hirst. (Quien, a falta de mejor postor, acabó por cierto *comprándosela* a sí mismo, auxiliado por un grupo de inversores).

La buena noticia respecto a esta calavera refulgente es que se ha pasado los últimos tiempos oculta a ojos del público, en la negrura sin luz ni destellos de una caja fuerte. Salvo en los días de su presentación en Londres (2007) y, luego, durante una breve exposición en el Rijksmuseum de Amsterdam (2008), la pieza ha permanecido en lugar secreto.

El crítico Bonito Oliva acusa a Damien Hirst de “corromper el gusto del público”

No había quien pagara los desquiciados costes de seguros, seguridad o instalación que exige este bibelot.

La mala noticia es que eso se ha acabado. Desde el pasado día 26, y hasta el 1 de mayo del 2011, la calavera se exhibe en la habitación del duque Cosimo del Palazzo Vecchio, sede histórica del poder florentino. ¿Por qué es una mala noticia? Pues porque un palacio en el que trabajaron Vasari, Miguel Ángel y Leonardo, entre otros, quizás sea demasiado escaparate para tamaña hortera. Y digo hortera porque Hirst la ideó al objeto de cegarnos con su obsesiva riqueza, que no para conmovernos con el fulgor de la inteligencia o la sensibilidad. El crítico Bonito Oliva ha ido más allá al denunciar que la contemplación de la calavera “corrompe el gusto del público”. A lo que las autoridades florentinas, cómplices del montaje, han replicado que la obra de Hirst es una de las más importantes del arte contemporáneo. Acto seguido, abrieron las taquillas del palacio y empezaron a recibir a los previstos 230.000 visitantes que se dejarán, cada uno, 10 euros para verla.

¿Cultura *superbling*? ¡Anda ya! ¿Por qué hay tanta afición al oxímoron? ¿Por qué se insiste en casar conceptos que se repelen? Si fuera cultura no sería *superbling* (porque la cultura a todos nos enriquece, y la obra de Hirst sólo para él busca réditos). La calavera de marras es además ridículamente cara, incluso para el más bobo *fashion victim* del arte, y fruto de una inspiración comercial, que no artística. Hirst se pasa además de cínico al subrayar que los 8.601 diamantes de su calavera han sido obtenidos éticamente, y que dicha obra nos invita a reflexionar sobre la brevedad de la vida... ¡Pamplinas!